

# ELOGIO DE LA LOCOMOTORA

Por

MIGUEL DE MARCOS

**P**ODRA dudarse acerca del indumento que reviste el doctor Laredo Brú en sus excursiones al Bosque de La Habana. ¿Es, realmente, el suyo un traje de "cow boy"? ¿Es la reencarnación de Búffalo Bill? Pero, en cambio, amigos, ante una locomotora no es válida la duda, ni aun aquella de raíz y formación metafísica. Una locomotora, a pesar de su nombre un poco demencial, es una cosa neta, sólida, imbuída de todos los equilibrios. Sin exagerar, pudiera decirse, en todo caso, que es un razonamiento en marcha.

Los cinematografistas americanos, que poseen una imaginación tranchante y valerosa, han sacado un partido maravilloso de la locomotora, hasta el punto de que esta vieja matrona, que ya tiene sobre sus costillas un siglo bien sonado, es completamente fotogénica y estelar. Recuerdo a este respecto cien imágenes, sobrias, enjutas, tajantes. La impresión no se suscita por un penacho de humo, por un jadeo brusco, por la furia monstruosa. El desgarramiento procede de unas ruedas en marcha. Acaso se ha abusado de esa estampa robusta. Pero unas ruedas que giran en vértigo, cavan siempre en el alma del espectador una emoción de huida, de adiós y también de misterio. El romanticismo cultivó al pañuelo, el pañuelo menudo que se agitaba como un ala palpitante, en una mano trémula. Pero ese objeto se va tornando crepuscular. Pensad, en cambio, en esta imagen: una muchacha en un andén, mientras el galán se archiva en el vagón. De repente la film sólo vierte esta viñeta: unas ruedas que giran. Es la despedida. Y la joven enamorada parece entonces más triste, más sola, en un desamparo más cabal, como si aquéllas, en su fuga, se llevaran todo el universo.

Pero no hay que insistir mucho en estas divagaciones sentimentales. La locomotora, esencialmente, es un sujeto de respetabilidad. Haced la prueba. Deteneos ante una locomotora en reposo. Se piensa en una gran fuerza magnífica y poderosa y esta evocación explica nuevas realizaciones: el elefante sin equívocos que abate una jungla con su vasta trompa; el gimnasta de feria que levanta sin esfuerzo unas poleas mastodónticas; el Dios del Sinaí en su montaña quimérica; el dogma escarpado que no se deja penetrar; la majestad del Océano; el bacalao a la vizcaína. Cosas respetables y macizas todas éstas, ante las cuales el hombre se siente pequeño, humilde, reverente. Pero hay más. Deteneos en presencia de una locomotora en sosiego. Haced una prueba leve. Estirad un poco temerariamente una pierna—y no digo un remo para que no se vea una alusión oblicua al Secretario de Estado—avanzadla hasta que las ruedas de la locomotora rocen la extremidad ligera, el botín imprudente. Cerrad los ojos. Si tenéis callos y pensáis que ellos pueden ser abismados por ese monstruo de hierro y de fuego, es la pesadilla sin atenuaciones y con discursos de Sirgo.

¿Os convencéis ahora, hombres de poca fe, que la locomotora es siempre un sujeto respetable?

Ínmóvil en el andén sigue siendo una fuerza y su belleza magnífica consiste en que tiene un alma, un alma hecha con fuegos que parecen eternos. Es su penacho espléndido.

Un caballo cuando se enrola en el pesebre pierde instantáneamente su dinamia. Ya no es

el hipógrifo violento  
que corre parejas con el viento.

Ya no es un sujeto de pistas, de millas y de "furlongs". Solicitado por la gastronomía, abdica su gracia aligera y en el regodeo del menú estraga sus velocidades. Un automóvil en su garage es sólo un objeto de lujo, a condición de que una larga teoría de baches y de choques no lo hayan tornado en un amasijo de hierros viejos. Un avión en su hangar es un gran pájaro inerte, estuporoso, envuelto en silencio, en quietud, en blancura y se piensa entonces en una gran gaviota reumatismal o en un albatros anquilosado. Con la locomotora no ocurre nada de eso. Es hidrópica e ígnea. Su técnica para beber el agua, cuando se detiene a la mitad del camino o cuando llega a una estación tiene un profundo sentido humano. Es la gran sedienta—hasta de ideales. Y entonces es aún más fuerte, más poderosa, más retadora de la vida y de la muerte, porque su gran esófago omnipotente queda indemne con la absorción del agua de Manzanillo. ¡Ah, bebedora magnífica, dipsómana incomparable también! Porque bebe todos los alcoholes, quiero decir, todos los fuegos. Porque bebe, sabedlo de una vez, todos los horizontes.



—Y le ha selvío al Mr. Sinson ese, en el purman especiar....

*Social Oct, 1937*

DOCUMENTAL  
 ORIGINALS FROM THE  
 UNIVERSITY OF MICHIGAN